

Ignacio del Río

*El noroeste del México colonial  
Estudios históricos sobre Sonora, Sinaloa  
y Baja California*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

214 p.

(Serie Historia Novohispana, 77)

ISBN 978-970-32-4292-4

Formato: PDF

Publicado en línea: %&`XY`YbYfc`XY`&\$%&

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/noroeste/estudios.html>

DR © 201+, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## ACULTURACIÓN Y RESISTENCIA ÉTNICA EN LA CALIFORNIA PENINSULAR: LA REBELIÓN INDÍGENA DE 1734<sup>1</sup>

El padre Lorenzo Carranco, ministro de la misión de Santiago, fue muerto en la mañana del primer día del mes de octubre, aquel año de 1734. Los primeros flechazos los recibió, al parecer, cuando, con un Santo Cristo entre las manos, se disponía a refugiarse en la cabaña que servía de iglesia misional. Herido de esa manera, el religioso no cayó al suelo sino hasta que el indio Mateo se le echó encima, lo abrazó enérgicamente y lo derribó. Con flechas y piedras, la turba de neófitos terminó entonces de quitarle la vida.<sup>2</sup>

Ello, sin embargo, no bastó evidentemente para disipar el encono. El cadáver del sacerdote fue desnudado y en él siguieron los indios descargando su cólera. Cristóbal Abué, que sería luego identificado como “el principal motor del alzamiento”,<sup>3</sup> fue el primero en azotar el cuerpo ya exánime del padre Lorenzo; pero de muchos, hombres y mujeres, fueron los demás golpes y vejámenes. La cabeza fue desprendida del tronco y es posible que se hayan llevado a efecto otras mutilaciones antes de que los restos mortales de aquel hombre fueran arrastrados “como dos tiros de escopeta” y arrojados a una hoguera en la que también habrían de consumirse imágenes y ornamentos sagrados.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Este trabajo fue publicado en *Históricas* (boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM), núm. 32, mayo-agosto 1991, p. 27-38. Una versión modificada de él se presentó como ponencia en el XXXI Simposio de Historia y Antropología de Sonora, celebrado en la ciudad de Hermosillo, Son., en febrero de 2006.

<sup>2</sup> Datos puntuales sobre estos hechos se contienen en: *Auto de remisión de indios presos formado por Manuel Bernal de Huidobro*: Misión de Santiago, 1 mayo 1737, Archivo General de Indias (en lo sucesivo, este documento se citará en forma abreviada y sin mencionar el repositorio en que se encuentra), *Guadalajara* 135, f. 301v-304v.

<sup>3</sup> *Ibid.*, f. 302.

<sup>4</sup> Sigismundo Taraval, *Historia de las misiones jesuitas de la California Baja desde su establecimiento hasta 1737*, Biblioteca Newberry (Chicago), Colección Ayer, Ms. 29 873, párrafos 251 y 278. Existe ya una edición de este texto de Taraval: *La rebelión de los californios*, presentación de Salvador Bernabéu Albert, versión paleográfica, edición e introducción de Eligio Moisés Coronado, Madrid, Doce Calles, 1996.

Otras tres víctimas hubo ese día en la misión de Santiago, todas ellas personas que habían estado estrechamente ligadas con el misionero. Una fue un indio lugareño que ayudaba al padre Carranco en los quehaceres domésticos y las otras fueron dos mestizos que constituían la escolta militar y, al mismo tiempo, servían de vaqueros en la misión. Los cadáveres de estas personas fueron asimismo cremados, pero parece que no se los destrozó, como se hizo con el cuerpo del jesuita.

Tan sólo dos días más tarde, el 3 de octubre, hechos similares a los que acabo de describir ocurrieron a unos cincuenta kilómetros de Santiago, en la misión de San José del Cabo, cuyo ministro, el padre Nicolás Tamaral, corrió la misma fatal suerte que el padre Carranco. También a Tamaral lo atacaron los neófitos, uno de los cuales, Felipe Cajchané, le puso encima las manos y lo hizo caer por tierra, donde los demás agresores prosiguieron el ataque. A un isleño de Cerralvo, Joaquín Cunuam, se le atribuyó después haber dado el golpe que acabó con la vida del misionero; pero en aquel caso, como en el del atentado contra Carranco, fueron en realidad muchos los que golpearon antes y después de que expirara la víctima.

El cadáver de Tamaral también fue finalmente echado al fuego junto con buena parte de los objetos de uso litúrgico que había en la misión.<sup>5</sup> Allí en San José, los otros sacrificados fueron los indios Gerónimo, Juan Andrés y Pedro, que habían sido sirvientes de Tamaral, y la mujer y los hijos de un soldado llamado Felipe de Villalobos, quien en ese entonces se hallaba cumpliendo una comisión fuera de la península.<sup>6</sup>

Resulta claro que el propósito de los indios de Santiago y San José no era tan sólo acabar con las personas de los padres misioneros y sus allegados. La violencia que entonces se desató cobró desde luego tales víctimas humanas; pero fue así que el furor de los sublevados se manifestó también, significativamente, en contra de los elementos materiales de las misiones. Como para que no subsistiera nada de lo que habían sido aquellos establecimientos, los indios prendieron fuego a las capillas y demás construcciones de ambos pueblos, destruyeron cruces, campanas, muebles, utensilios de uso religioso y doméstico y, en suma, cuanto había sido propio de las misiones y pudo ser destruido. No escapó de tal furia aniquilante el ganado mayor y menor, del que los indios no dejaron un solo animal vivo.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> *Ibid.*, parágrafo 256.

<sup>6</sup> *Auto de remisión de indios presos...*, f. 302v-303.

<sup>7</sup> S. Taraval, *op. cit.*, parágrafo 279.

La rebelión indígena de 1734 fue un movimiento súbito y de efectos fulminantes. Diríamos que duró menos de un día en cada localidad, pues tanto en Santiago como en San José del Cabo sólo les llevó unas horas a los rebeldes alcanzar los que parecen haber sido sus objetivos más generales, a saber: eliminar a la población forastera, destruir las instalaciones misionales y restablecer el sistema tradicional de autoridad de las rancherías indígenas.

No sé si pudiera decirse que el movimiento se extendió hasta las otras misiones fundadas en la parte sur de la península. La de Nuestra Señora del Pilar de La Paz se encontraba desde hacía algún tiempo sin misionero de planta y, por consiguiente, sin una asidua clientela de catecúmenos. Había permanecido allí un soldado de guardia, el que a fines de agosto o principios de septiembre de ese año de la rebelión desapareció, sin que se llegara a saber qué fue lo que pasó con él. Se sospechó, desde luego, que los indios lo habían matado, aunque no se llegó a encontrar su cuerpo.<sup>8</sup>

Abandonada quedó asimismo la misión de Santa Rosa de Todos Santos cuando su ministro, el padre Sigismundo Taraval, los tres soldados que le servían de escolta y los dos sirvientes de la misión, enterados de lo que había pasado en Santiago y San José, huyeron hacia La Paz. En una pequeña lancha, esas seis personas se embarcaron luego hacia la isla de Espíritu Santo y de allí pasaron a la contracosta para ir a refugiarse a la misión de Los Dolores.<sup>9</sup> Por lo que digo que no sé si deba hablarse de rebelión en los casos de las misiones del Pilar de La Paz y de Santa Rosa de Todos Santos es porque allí los indios no tuvieron que llevar a efecto acciones ofensivas para hacerse dueños de la situación. Lo que no dejaron de hacer los grupos lugareños fue destruir ambos establecimientos misionales y lo que en ellos había.

Aunque las acciones que he venido describiendo se produjeron más bien de un modo espontáneo, el movimiento no careció en sus inicios de un cierto liderazgo que se personalizó en los caudillos de las rancherías sublevadas. En Santiago, los principales instigadores del movimiento parecen haber sido Cristóbal Abué, de la ranchería Uñó; Domingo Salvador Cunuam, alias Botón, de la ranchería Cuniní, e Ignacio Metee, alias Cacanánagua o Quicanánagua,<sup>10</sup> de la ranchería Ye-

<sup>8</sup> *Ibid.*, párrafo 32.

<sup>9</sup> *Ibid.*, párrafos 50 y 58.

<sup>10</sup> En el *Auto de remisión de indios presos...* que ya he citado y que ha sido uno de los documentos básicos para la elaboración de esta ponencia, tal nombre se registra como Quicanánagua. En S. Taraval, *op. cit.*, párrafo 277, el nombre aparece como Cacanánagua. Cabe, pues, hacer la prevención general de que los nombres indígenas no siempre han quedado registrados de una manera correcta.

nekamú. En San José hizo cabeza del movimiento un Chicori o quizá más bien Quichorí.<sup>11</sup> Jefes con un poder puramente local, éstos no pudieron en modo alguno seguir influyendo decisivamente en el curso ulterior de los acontecimientos. Desaparecidos los centros misionales, las rancherías que habían estado vinculadas a ellos tendieron a actuar cada una por su cuenta y a restablecer su funcionamiento autónomo. Ningún concierto pudo haber ya en las acciones de los grupos indígenas de cada localidad, entre los que, por otra parte, volvieron a cobrar fuerza las antiguas rivalidades que habían sido atenuadas por el influente arbitraje de los misioneros.

Voy a insistir en algo que dije hace unos momentos: la rebelión indígena de 1734 fue un movimiento de corta duración. Dejó de ser un movimiento de rebelión en cuanto alcanzó sus objetivos y, como hemos visto, los fue alcanzando en cada localidad de un modo casi inmediato. Lo que siguió después puede ser caracterizado como proceso de restauración, de reorganización, de resistencia inclusive; pero no como rebelión. En buena lógica no puede hablarse de una rebelión en acto cuando ya los presuntos actores no tienen contra qué estar rebelados. Ciertos hechos de sangre que hubo luego en Todos Santos, donde fueron muertos veintisiete indios catecúmenos,<sup>12</sup> y en Cabo San Lucas, donde los nativos atacaron a unos marineros que venían en el galeón de Manila,<sup>13</sup> quizá hayan tenido el sentido de actos de castigo o depuración, en el primer caso, y de oposición a la presencia forastera en el segundo, pero ya no se trató de actos de rebeldía frente a un orden establecido.

Con lo que llevamos dicho hemos podido acotar, en cuanto a espacio y tiempo, el fenómeno histórico que declaramos de nuestro interés: la rebelión de 1734. Para proveer una posible explicación respecto de lo que entonces aconteció en las misiones meridionales será necesario que pasemos ahora a referir algunos antecedentes de la situación que hizo crisis ese año de 1734.

Pese a que los indios del sur de la península —guaycuras y pericúes— llegaron a tener experiencias de enfrentamientos violentos con grupos forasteros, la reacción de esos indios ante los padres fundadores de las misiones fue en general favorable al contacto pacífico y, por

<sup>11</sup> Éste es otro caso de diversidad en el registro de un nombre indígena. En el *Auto de remisión de indios presos...* que vengo utilizando, el nombre de este indio y de otros dos más se registra como Quichorí y no como Chicori, según aparece en otras obras. *Vid.*, por ejemplo, Pablo L. Martínez, *Historia de Baja California*, México, Editorial Baja California, 1956, p. 214.

<sup>12</sup> Miguel Venegas, *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, 3 v., México, Layac, 1944, v. II, p. 297.

<sup>13</sup> *Auto de remisión de indios presos...*, f. 302v-303.

tanto, muy alentadora para los religiosos. Se advirtió claramente esto desde que, en 1720, se fundó la misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz. Hubo allí cierta reticencia inicial de los nativos, pero a los pocos días ya éstos departían amigablemente con los misioneros —Bravo, Ugarte y Guillén— y hasta con los soldados.<sup>14</sup> Las experiencias de este tipo se repitieron luego en la medida en que los padres jesuitas empezaron a recorrer los territorios del sur y a tener nuevos contactos con los grupos nativos. Un texto que ilustra lo que fueron algunos de esos primeros encuentros es el siguiente, que tomo de la relación del padre Ignacio María Nápoli, fundador de la misión de Santiago:

Me regalaron varios cueros de venados, que son grandes —dice, refiriéndose a un grupo de pericúes—; me pusieron varios plumajes en la cabeza, con cordelines bien tejidos y labrados, de varios colores; me dieron varias bateas hechas de palmas bien labradas... y muchísimos mazos de cuentas de palma, a modo de rosarios bien delgados y lustro[so]s, poniéndomelos al cuello, que es la mayor gala que ellos se suelen poner en sus fiestas.<sup>15</sup>

Los indios daban muestras de sentir respecto de los religiosos una mezcla de admiración y temor. Seguramente advertían que los padres obraban como jefes de los forasteros, incluidos los soldados. No poco habrá conmovido a los indios de la parte sur de la península el observar la seguridad con que los padres pasaban de un territorio a otro, lo que ellos, los nativos, no estaban en posibilidad de hacer debido a las enemistades intergrupales. Aseguraba el padre Bravo que los guaycuras se admiraban de verlo recorrer todas aquellas tierras con sólo “un par de muchachos” por compañía y “tan sin recelo”.<sup>16</sup> El mismo Bravo cuenta que una vez que tuvo un encuentro con indios pericúes le fue forzoso ir abrazando a todos los nativos, pues era la única forma de quitarles el miedo; dice el religioso que esa vez tuvo que abrazar hasta a los niños de pecho.<sup>17</sup>

La consideración que los indios hicieron de los padres, como hombres dotados de singulares poderes, pero al mismo tiempo capaces de dispensar favores y protección, fue seguramente lo que impulsó a los nativos a buscar un acercamiento más estrecho y permanente con

<sup>14</sup> Vid. Ignacio del Río, *Conquista y aculturación en la California jesuítica (1697-1768)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984, p. 97.

<sup>15</sup> Citado en *Conquista y aculturación en la California jesuítica (1697-1768)*, p. 87.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 99.

<sup>17</sup> *Ibid.*

los misioneros, los que, por su parte, fueron con ello accediendo a una posición de dominio en el seno mismo de las comunidades indígenas. Según testimonio del padre Nicolás Tamaral, al hacer él sus recorridos por la zona pericú los indios lo recibían “con alegría” y “casi con molesto agasajo”.<sup>18</sup> Otro misionero que trabajó entre los pericúes, el padre Nápoli, dice haberse enternecido hasta “mandar fuera las lágrimas” al ver que, indios que en un principio se le acercaban espantados y llorando, después que empezaron a tratarlo “se mudaron en mansos corderos” y una vez acudieron a él “juntos como en procesión” y todos “con una graciosa sonrisa y un semblante de paraíso”.<sup>19</sup>

Para los religiosos, el contacto con los indios no era un objetivo final sino una condición necesaria para poder llevar adelante su programa de evangelización. Exigía éste la realización de una serie de acciones encaminadas a transformar la mentalidad y el modo de vida de la población aborigen, siempre con el propósito de hacer de cada indio un cristiano disciplinado y obediente. En el empeño de cumplir con esas tareas de transformación cultural que tenían por suyas utilizaban los misioneros recursos como el ejemplo, el estímulo, la inducción, pero también otros de carácter coactivo, pues bien sabían que lo que no se conseguía por la persuasión podía lograrse por medio de la fuerza. En la ocasión de los primeros contactos prescindían a veces de la presencia inmediata del soldado, pero todos terminaban por convencerse de que la fuerza militar era necesaria a la postre para mantener a los indios sujetos al orden misional y para reprimirlos en caso de que llegaran a violentarse.<sup>20</sup>

Y la verdad es que los indios, aunque en un principio se mostraban amigables con los religiosos y aun manifestaban ante éstos una cierta sumisión, no tardaban en empezar a inquietarse y a asumir, frente a sus ministros, actitudes de rebeldía. ¿Por qué?

Podemos pensar que era el inevitable resultado del proceso de cambio cultural que se ponía en marcha por efecto del contacto y sobre todo a raíz de la fundación de los establecimientos misionales. Dentro de ese proceso se daban simultáneamente fenómenos de adquisición y de pérdida de rasgos culturales. Lo que los indios adquirían poco a poco eran elementos de la cultura de que eran portadores los misioneros; lo que perdían eran rasgos de sus propias tradiciones de cazadores-recolectores. Implicados, pues, en un proceso de cambio cultural que tenía esta doble vertiente de adquisición y pérdida de rasgos cul-

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 100-112.

turales —proceso que los misioneros procuraban acelerar con todos los recursos a su alcance—, los indios empezaban pronto a ver amenazado nada menos que el modo de vida que les permitía sobrevivir. Era seguramente entonces cuando mudaban su confianza en recelo y tendían a volverse opositores de los misioneros. Era también entonces, seguramente, cuando los misioneros se percataban de que no podrían seguir adelante sin el efectivo apoyo de una fuerza militar.

Como en las demás misiones de la península, en las de la parte sur hubo hombres armados que, en función de escolta militar, acompañaban a los religiosos. No siempre ocurrió esto. Recién fundada la misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz, el padre Bravo permaneció por algún tiempo en ella con algunos sirvientes pero sin soldados escolteros. Veíamos hace un momento que el padre Nicolás Tamaral se hallaba sin escolta al tiempo de la rebelión. Pero, salvo casos como estos que menciono, lo común era que en las misiones hubiera por lo menos un hombre armado.

Aparte de esta fuerza militar local, que resultaba casi simbólica, se contaba en la provincia de California con un cuerpo de tropa más formal, que obraba en parte como escuadra volante, es decir, desplazándose hacia los lugares donde se le requería. Era el presidio de Loreto. A la región del sur acudían en un principio los soldados de Loreto tan sólo cuando se presentaban situaciones de gran tensión, como ocurrió en 1723 y 1725. Solían los soldados del presidio pasar algún tiempo en los establecimientos misionales y hacer recorridos por las inmediaciones de ellos “para infundir miedo [en los nativos] y pacificar a los que inquietaban a los demás”, según dice en su obra Miguel Venegas.<sup>21</sup> Luego se hizo necesario aumentar la frecuencia de las visitas, único modo, decía el capitán del presidio de Loreto, de sosegar a los indios y “poner freno a sus insolencias”.<sup>22</sup> Hacia 1731, la periodicidad de esa presencia militar de refuerzo era de dos veces por año.

Aún así, los recorridos hechos en forma tan espaciada no parecían suficientes para asegurar la quietud de los aborígenes sureños y para hacer posible la continuidad de la acción de los misioneros. El padre Tamaral explicaba del siguiente modo las dificultades que experimentaban los religiosos por la falta de un auxilio militar constante:

aunque por acá todo está quieto días ha... siempre es tan necesaria la frecuente visita [de los soldados de Loreto], que sin ella nada estable podremos hacer y la pérdida de almas será mucha. No puede el pa-

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 109.

<sup>22</sup> *Ibid.*



dre, ni conviene, remediar los desórdenes continuos, los amancebamientos, las muertes, especialmente de parvulitos, que me quiebran el corazón; las hechicerías y el modo de vida brutal y silvestre, con lo que de suyo lleva, que es un conjunto de pecados. No puede el padre evitarlo, así porque no tiene el padre fuerza para ello, como porque no conviene que el padre ande con el azote... Por otra parte, se ofrecen casos tales que están forzando a castigarlos. Venir solamente la visita [de los soldados] cuando ya esta alborotado todo es de muy poco provecho. Me persuado [de] que es más útil el remedio que preservar del tabardillo que el que, después de quebrantado el enfermo, con sajas y sangrías lo medio sana, y tengo para mí que, si hubiera frecuente visita [de soldados], lográramos muy buena cristiandad y no hubiera qué hacer ni [hubiera] alborotos.<sup>23</sup>

Al mismo tiempo que la necesidad del recurso militar exhiben estas consideraciones de Tamaral la insuficiencia de la acción misionera como instrumento único de conquista. Más conciso y tajante resulta un texto que tomo de una carta escrita en esos mismos años por el padre visitador Sebastián de Sistiaga: “Aquellos hijos del sur —decía este religioso—, a lo que parece, son de ánimos inquietos: si no dan por sí la cerviz al yugo es necesario ponérselo con madrina, y esta madrina es una escuadra”.<sup>24</sup>

No se puso por entonces una escuadra militar de planta en el sur ni tampoco dejaron de percibirse las constantes inquietudes de los indios. Tanto en Santiago como en San José se fueron haciendo cada vez más notorias las actitudes renuentes de algunos jefes indígenas y esto era quizá para los padres el más claro indicador de que iban perdiendo el control de las situaciones. El padre Sebastián de Sistiaga le comentaba al capitán del presidio de Loreto respecto de uno de esos alebrestados jefes aborígenes: “Botón —que así le decían al indio— anda altanero, esto es, no está en sujeción, y Dios libre a vuestra merced de Botón, que anda fuera del ajuste del ojal, que él [es el que] descompone el armador”.<sup>25</sup>

Con esta idea del liderazgo amenazante, el padre Carranco entendió luego quitar el mando a Cristóbal Abué, jefe de una de las rancherías de Santiago y de quien se dice en un documento que tenía también un cierto ascendiente sobre otras rancherías de la región.<sup>26</sup>

<sup>23</sup> Citado en *Conquista y aculturación en la California jesuítica (1697-1768)*, p. 109-110.

<sup>24</sup> Citado en *Conquista y aculturación en la California jesuítica (1697-1768)*, p. 110.

<sup>25</sup> *Carta de Sebastián de Sistiaga a Esteban Rodríguez Lorenzo: Guadalupe, 16 marzo 1731*, Archivo General de la Nación (México), *Historia* 308, f. 438v.

<sup>26</sup> *Auto de remisión de indios presos...*, f. 301v-302.

Resultó imprudente e inútil esta acción de Carranco, pues Cristóbal se distanció más del misionero y no tardó en recuperar su posición de autoridad entre los suyos. Fue, lo hemos dicho ya, uno de los que en Santiago movieron a la rebelión.

Los misioneros, que habían logrado asentarse en territorios de los aborígenes sudpeninsulares, que habían podido fundar y sostener allí establecimientos misionales, que habían hecho de éstos, pese a su modestia, centros de permanente influjo cultural, que habían tenido capacidad para mantener en asedio ciertas formas básicas de la práctica social de los nativos, como era la de la poligamia; que habían, con todo ello, introducido factores de desestabilización política, social y económica en las comunidades indígenas, no pudieron, en cambio, defender su posición y sus personas cuando al fin los indios reaccionaron con violencia. Sucumbieron los padres, sus acompañantes y los centros misionales. Consiguieron su propósito los indios rebeldes. Se eliminó la presencia extraña y recuperaron su autonomía las rancherías indígenas. Se extinguieron en el ámbito local las fuerzas que venían perturbando la vida de las comunidades aborígenes y que empezaban a amenazar la propia sobrevivencia de éstas.

Pero, ¿qué significó a la postre el inmediato triunfo de este movimiento restaurador? Vamos a hacer algunas referencias a lo que aconteció en el sur de la península a raíz y a consecuencia de la rebelión.

La primera medida tomada por los superiores jesuitas de las misiones californianas, una vez que recibieron la noticia del levantamiento, fue la de solicitar refuerzos militares en el exterior de la provincia. Se dirigieron en efecto a sus correligionarios de la contracosta continental, los que en sólo unos cuantos días reclutaron y mandaron a la península cien indios flecheros extraídos principalmente de las misiones de los ríos Fuerte y Yaqui. Mientras se hacían estos movimientos, los procuradores de la Compañía de Jesús dieron cuenta de la rebelión al virrey-arzobispo de México, Juan Francisco de Vizarrón, al que pidieron que autorizara nuevas plazas de soldados para el presidio de Loreto.

La gestión hecha ante la autoridad virreinal no tuvo respuesta inmediata, pero ello no retrasó el inicio de la campaña de reconquista. En cuanto llegó a la península la escuadra indígena enviada de la contracosta, el capitán del presidio de Loreto, Esteban Rodríguez Lorenzo, se puso al frente de veinticinco soldados presidiales armados de escopetas, y de otros tantos indios flecheros, de los recién llegados. El 31 de octubre, es decir, al cumplirse apenas un mes del estallido de la rebelión, estas tropas quedaron acantonadas en La

Paz y empezaron a desplazarse por toda el área comarcana en plan de combate.<sup>27</sup>

A lo largo de los meses siguientes, las tropas expedicionarias hicieron continuos recorridos por los territorios existentes entre las misiones de La Paz, Santiago y Todos Santos. Pero, más que a combatir, esas tropas se dedicaron a buscar indios y a perseguir a los pocos que lograban encontrar. Según la crónica del padre Taraval, a veces parecía que los hombres de Rodríguez Lorenzo se movían en un territorio por entero despoblado. Los indios que ocasionalmente llegaban a ser vistos por las tropas presidiales no eran indios guerreros, levantados o levantiscos, sino hombres y mujeres que hacían lo posible por rehuir el contacto, que abandonaban sus parajes de abrigo en cuanto advertían la presencia extraña, que andaban siempre dispersos en los montes, solos o en pequeños grupos. No se puede decir, pues, que aquellos indios estuvieran participando en una rebelión. La rebelión se había producido antes y había terminado ya. Ahora de lo que se trataba por parte de los indios era de rehuir el contacto, de permanecer en la marginación, de hacer lo posible por ganar esa nueva batalla sin librarla, simplemente huyendo.<sup>28</sup>

La campaña cobró el carácter de una empresa punitiva, más que de reconquista. Y como fueran realmente pocos los indios que los soldados lograban haber a las manos, la táctica para reducir a la población nativa sureña consistió en actuar sobre la parte más débil de esa población: las tropas lauretanas empezaron a perseguir y capturar mujeres y niños para forzar así a los hombres a rendirse. No sólo se procuró hacer prisioneras a las indias sino que, según afirma el padre Taraval, a las que se capturó se las envió a Loreto y luego se las desterró a la “isla más remota de la tierra, para que allí estuviesen hasta que se acabaran de componer las cosas”.<sup>29</sup> Es probable que las desterradas no hayan vuelto jamás a sus lugares de origen.

A fines de 1735 llegó a Loreto el gobernador de Sinaloa, Manuel Bernal de Huidobro, quien tenía el encargo virreinal de someter de nueva cuenta a los indios del sur de la península. Llevaba consigo un competente número de soldados, con los que desde luego se dispuso a cumplir su cometido.

La presencia de estas tropas en la región meridional seguramente hizo más difíciles las condiciones de vida de aquella población aborigen que buscaba escapar a toda costa del contacto. El caso es que algu-

<sup>27</sup> Vid. I. del Río, *op. cit.*, p. 214.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 214-215.

<sup>29</sup> S. Taraval, *op. cit.*, párrafo 172.

nos grupos indígenas sureños empezaron a retirarse de los que eran sus territorios tradicionales de recorrido y a refugiarse en las islas y en el extremo sur de la península. Esto los puso a cubierto de los ataques de sus perseguidores, pero los enfrentó al problema de la escasez de alimentos. Por una india que fue hecha prisionera se supo que los huchitíes, aripes, coras e indios de los cantiles, es decir, varios de los grupos que habían estado vinculados a las misiones de Nuestra Señora del Pilar de La Paz y de Santiago, habían salido de sus tierras por miedo a las tropas y se habían refugiado en una zona marginal, pobre de recursos alimenticios. Se supo también que aquellos indios padecían a la sazón grandes hambres por ser ellos numerosos y “haber en esos parajes poco que comer”.<sup>30</sup>

Pero la llegada de Bernal de Huidobro significó también un cambio en la política seguida frente a los indios sureños. A diferencia de Rodríguez Lorenzo, el gobernador de Sinaloa actuó con cierta lenidad; a muchos de los indios que sus hombres capturaron los dejó libres luego, no sin antes darles alimentos y hacerles saber que serían bien recibidos todos los que se entregaran en paz.

En poco tiempo, la política de Bernal de Huidobro hizo que, al fin, los temerosos californios del sur salieran de sus escondrijos y se acercaran de nuevo a los sitios misionales. En Santiago se juntaron pronto más de ochocientos indios y también en Todos Santos fueron llegando, “todos hambrientos”, los indios catecúmenos de esa misión.<sup>31</sup>

Ya en medio de estas circunstancias, los jefes de las rancherías de San José del Cabo enviaron emisarios para decir a Bernal de Huidobro que querían verlo y hablar con él. El gobernador atendió el llamado y fue con algunos de sus hombres hasta el lugar donde había estado aquella misión.

Lo que los indios hicieron para recibir al militar mueve a pensar que, a esas alturas, el temor y la desesperación de los nativos los había llevado a renunciar a aquel afán de recuperar su antigua autonomía y de mantener la integridad de las tradiciones autóctonas. Como pudieron, los indios de San José techaron una parte de la iglesia que habían incendiado casi dos años antes y volvieron a poner de pie una cruz de gran tamaño que había estado en el centro del pueblo. El día en que entró al pueblo Bernal de Huidobro halló éste “a más de doscientos indios cantando el *Alabado* delante de la Santa Cruz”; en lugar aparte, según el orden que había sido impuesto por los je-

<sup>30</sup> *Ibid.*, párrafo 283.

<sup>31</sup> *Ibid.*, párrafo 302.

suitas, estaban las mujeres y los niños entonando también un cántico cristiano.<sup>32</sup>

He sostenido en otro trabajo que la rebelión indígena de 1734 fue una especie de parteaguas en la historia de las misiones jesuíticas de la península.<sup>33</sup> Cambiaron entonces radicalmente las actitudes de los misioneros y, en general, el sistema de relación hispano-indígena. Creo que también para los indios fue aquélla una experiencia que los impactó profundamente, que minó su capacidad de lucha, que los fue haciendo caer en el desánimo. Quizá nada exprese tan vívidamente la desesperanza en que cayeron los grupos indígenas del sur como las reacciones de algunos de los indios que fueron hechos prisioneros. Uno de ellos, después de haber declarado bajo la presión de sus captores que él “no había querido admitir consejos ni los admitía” y “que siempre había sido malo y lo era”, terminó diciendo a los que lo interrogaban “que estaba cansado de vivir, que quería morir y, así, que lo matasen”.<sup>34</sup> Desde el lugar donde se hallaban presos gritaban unos guaycuras condenados a muerte: ¿“Cuándo nos van a matar? ¿Qué esperan? Acaben ya de matarnos.”<sup>35</sup> Ese desear la muerte por desesperanza parece haber sido, aun antes de la rebelión, un extremo al que llegaban los nativos que, por oponerse al orden misional, quedaban a merced del brazo militar de las misiones. Alguno de ellos, que era conducido a Loreto, luego de ver que otro reo había sido ajusticiado por haberse resistido a caminar, comenzó a gritar a los soldados lauretanos: “Para qué me llevan? No me lleven. Mátenme a mí también y váyanse”.<sup>36</sup>

Los forasteros habían llegado para quedarse y los que debieron salir fueron más bien los indios: los que se juzgaban peligrosos, los que parecían contumaces, los que no fueron inmediatamente ajusticiados. En mayo de 1737, el gobernador Bernal de Huidobro remitió presos, con pretendido destino a la ciudad de México, a veinticinco indios pericúes a los que, habiéndolos sometido a un juicio de guerra, se había encontrado culpables de diversos delitos.

<sup>32</sup> *Ibid.*, parágrafo 316.

<sup>33</sup> Ignacio del Río, “Reflejo de una crisis en una crónica jesuítica. Sigismundo Taraval y su testimonio sobre la rebelión de los californios del sur”, en *Históricas* (boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM), núm. 25, febrero 1989, p. 3-22.

<sup>34</sup> S. Taraval, *op. cit.*, parágrafo 175.

<sup>35</sup> *Ibid.*

<sup>36</sup> *Ibid.*

No estará de más que yo mencione aquí sus nombres y otros datos que tomo del auto de remisión.<sup>37</sup> Se aplicó el castigo de destierro a Cristóbal Abué, de la ranchería de Uñó, “por ser el principal motor del alzamiento” y haber “convocado a los demás para que ejecutasen la muerte del padre José Lorenzo Carranco”; Domingo Salvador Cunuam, alias Botón, de la ranchería Cuniní, por concurrir a la sedición; a Ignacio Moyoná, de la ranchería Muñiyá, por lo mismo; a José Cumenené, alias Curequí, por matar al sirviente llamado Gerónimo; a Marcelino Quichorí, alias “El Ratón”, y a Baltasar Cumené, por haber servido de mensajeros; a Joaquín Cunuam, de la isla de Cerralvo, porque “fue quien mató al padre Nicolás Tamaral”; a Felipe Caichané, “por haberse abrazado con dicho padre Nicolás y tirádole a tierra para que los demás lo mataran”; a Francisco Metee, de la ranchería Yenekamú, por continuar en actitud rebelde; a Miguel Caduané, por haber matado a la mujer del soldado Felipe de Villalobos; a Santiago Tanané, Salvador Urumené y Manuel Cunuam, por haber matado a unos marineros de la nao de Filipinas que desembarcaron en San José; a José Quiniñoné, por haber dado el primer flechazo al padre Carranco; a Nicolás Eguí, por haber concurrido a dar muerte a los sirvientes del padre Tamaral; a Sebastián Yeguané, por matar a un indio auxiliar; a Agustín Metee, por lo mismo; a Crisanto Quichorí, por contribuir a dar muerte a los hijos del soldado Villalobos; a Pablo Metee y Miguel Mononé, por haber matado a los indios sirvientes de Tamaral; a Mateo Cumenené, porque fue el que “se abrazó con el padre Lorenzo José Carranco después que ya estaba herido de varios flechazos y lo derribó a tierra para que lo acabaran de matar”; a Antonio Quichorí, por juntar a la gente y llevarla a la misión de San José para dar muerte a Tamaral, y a José de la Puente, por haber llevado un mensaje y por alentar a la rebelión. Se habían condenado a la misma pena de destierro, pero aún andaban fugitivos, Ignacio Metee, alias Quicananagua o Cacanagagua, de la ranchería Yenekamú, por ser uno de los principales cabecillas de la rebelión, y, por participar en ésta, a Juan Eguí y el “hechicero” llamado Cuayuquinigá, de la ranchería Yatugú, y Pedro Apiruiné, de la ranchería Truañó.

Los reos fueron embarcados en el navío San José, que estaba surto en la ensenada de Palmas. En el curso del viaje a la contracosta, todos

<sup>37</sup> Aclaro que en el *Auto de remisión de indios presos...*, multicitado en este trabajo, se habla de 26 indios condenados a destierro, pero, según la lista de nombres, sólo 25 fueron embarcados.



ellos fueron pasados a cuchillo so pretexto de que habían pretendido amotinarse.<sup>38</sup>

El caso que hemos examinado en este trabajo hace pensar en aquellas tragedias griegas en las que los hombres no podían escapar de la fatalidad de su destino. Si, como es evidente, los californios del sur peninsular llegaron a presentir que el contacto con los forasteros fundadores de misiones amenazaba el modo de vida que hasta entonces había asegurado la milenaria sobrevivencia de los de su raza, lo que vino después del alzamiento de 1734 seguramente los hizo comprender que no cabría esperar ya sino tiempos peores para ellos y sus descendientes.

<sup>38</sup> *Establecimiento y progresos de las misiones de la Antigua California*, Ms., Archivo General de la Nación (México), *Historia* 21, f. 180.